**IV**

El cartero Mario Jiménez tomó literalmente las palabras del poeta, e hizo la ruta hasta la caleta escrutando los vaivenes del océano. Aunque las olas eran muchas, el mediodía inmaculado, la arena muelle y la brisa leve, no prosperó ninguna metáfora. Todo lo que en el mar era elocuencia, en él fue mudez. Una afonía tan enérgica, que hasta las piedras le parecieron parlanchinas en comparación.

Fastidiado con la hosquedad de la naturaleza, se hizo el ánimo de avanzar hasta la hostería para consolarse con una botella de vino, y si encontraba algún ocioso merodeando en el bar desafiarlo a un partido de taca-taca. A falta de estadio en el pueblo, los jóvenes pescadores satisfacían sus inquietudes deportivas con el lomo curvo sobre las mesas del futbolito.

Desde lejos lo alcanzó el estruendo de los golpes metálicos junto a la música del Wurlitzer, que rasguñaba una vez más los surcos de *Mucho amor* por los Ramblers, cuya popularidad se había extinguido hacia una década en la capital, pero que en el pequeño pueblo seguía siendo actual. Adivinando que a la depresión se le sumaría el fastidio de la rutina, entró al local dispuesto a convertir en vino la propina del poeta, cuando lo invadió una embriaguez más cabal que la que ningún mosto le había provocado en su breve vida: jugando con los oxidados muñecos azules, se encontraba la muchacha más hermosa que recordara haber visto, incluidas actrices, acomodadoras de cine, peluqueras, colegialas, turistas y vendedoras de discos. Aunque su ansiedad por las chicas equivalía casi a su timidez -situación que lo cocinaba en frustraciones- esta vez avanzó hasta la mesa de taca-taca con la osadía de la inconsciencia. Se detuvo detrás del arquero rojo, disimuló con perfecta ineficiencia su fascinación acompañando con ojos saltarines los vaivenes de la pelota, y, cuando la chica hizo tronar el metal de la valla con un gol, levantó la

vista hacia ella con la sonrisa más seductora que pudo improvisar. Ella respondió a tal cordialidad con un gesto conminándolo a que se hiciera cargo de la delantera del equipo rival. Mario casi no había advertido que la muchacha jugaba contra una amiga, y sólo se dio cuenta cuando la golpeó con la cadera desplazándola hacia la defensa. Pocas veces en su vida había notado que tenía un corazón tan violento. La sangre le bombeaba con tal vigor, que se pasó la mano por el pecho tratando de apaciguarlo. Entonces ella golpeó el blanco balón en el canto de la mesa, hizo el gesto de llevarlo hasta el otrora círculo central, desteñido por las décadas, y, cuando Mario se dispuso a maniobrar sus barras para impresionarla con la destreza de sus muñecas, la muchacha levantó la pelota y se la puso entre medio de unos dientes que brillaron en ese humilde patio, sugiriéndole una lluvia de plata. Enseguida adelantó su torso ceñido en una blusa dos números más pequeños de lo que exigían sus persuasivos senos, y lo invitó a que cogiera el balón de su boca. Indeciso entre la humillación y la hipnosis, el cartero alzó vacilante la mano

derecha, y, cuando sus dedos estuvieron a punto de tocar el balón, la chica se apartó y la sonrisa irónica dejó su brazo suspendido en el aire, como en un ridículo brindis para festejar sin vaso y sin *champagne* un amor que jamás se concretaría. Luego balanceó su cuerpo camino al bar, y sus piernas parecieron ir bailando al compás de una música más sinuosa que la ofrecida por los Ramblers. Mario no tuvo necesidad de un espejo para adivinar que su rostro estaría rojo y húmedo. La otra muchacha se ubicó en el puesto abandonado y, con un severo golpe del balón sobre el marco, quiso despertarlo de su trance. Mustio, el cartero alzó la vista desde la pelota hasta los ojos de su nuevo rival, y, aunque se había definido frente al océano Pacífico como inepto para comparaciones

y metáforas, se dijo con rabia que el juego propuesto por esa pálida pueblerina sería a) más fome que bailar con la hermana, b) más aburrido que domingo sin fútbol y c) tan entretenido como carrera de caracoles.

Sin dedicarle ni una pestañeada de despedida, siguió el rumbo de su adorada hacia el mesón del bar, se derrumbó sobre una silla como en una butaca de cine, y durante largos minutos la contempló extasiado, mientras la chica echaba su aliento en las rústicas copas y luego las frotaba con un trapo bordado de copihues, hasta dejarlas impecables.

**V**

El telegrafista Cosme tenía dos principios. El socialismo, a favor del cual arengaba a sus subordinados, de modo superfluo, por lo demás, porque todos eran convencidos o activistas, y el uso de la gorra de correos dentro de la oficina. Podía tolerar a Mario esa enmarañada melena que superaba con raigambre proletaria el corte de los Beatles, los blue-jeans infectados por manchas de aceite del engranaje de la bicicleta, la chaqueta

descolorida de peón, su hábito de investigarse la nariz con el meñique; pero la sangre le hervía cuando lo veía llegar sin el copete. De modo que cuando el cartero entró macilento hacia la mesa clasificadora de correspondencia diciéndole un exangüe «buenos días», lo frenó con un dedo en el cuello, lo condujo hasta la percha donde colgaba el sombrero,

se lo calzó hasta las cejas, y sólo entonces lo incitó a que repitiera el saludo.

-Buenos días, jefe.

-Buenos días -rugió.

-¿Hay cartas para el poeta?

-Muchas. Y también un telegrama.

-¿Un telegrama?

El muchacho lo levantó, intentó discernir al trasluz su contenido, y en un santiamén estuvo en la calle montado en la bicicleta. Ya iba pedaleando, cuando Cosme le gritó desde la puerta con el resto del correo en la mano.

-Se te quedan las otras cartas.

-Las llevaré después -dijo alejándose.

-Eres un tonto -gritó don Cosme-. Tendrás que hacer dos viajes.

-No soy ningún tonto, jefe. Veré al poeta dos veces.

En el portón de Neruda, se colgó de la soga que accionaba la campanilla más allá de toda discreción. Tres minutos de esas dosis no produjeron la presencia del poeta. Puso la bicicleta contra el farol, y, con un resto de fuerzas, corrió hacia el roquerto de la playa, donde descubrió a Neruda de rodillas cavando en la arena.

-Tuve suerte -gritó mientras saltaba sobre las rocas acercándosele-.

¡Telegrama!

-Tuviste que madrugar, muchacho.

Mario llegó hasta su lado, y le dedicó al poeta diez segundos de jadeo antes de recuperar el habla.

-No me importa. Tuve mucha suerte, porque necesito hablar con usted.

-Debe ser muy importante. Bufas como un caballo.

Mario se limpió el sudor de la frente de un manotazo, secó el telegram en sus muslos, y se lo puso en la mano del poeta.

-Don Pablo -declaró solemne-. Estoy enamorado.

El vate hizo del telegrama un abanico, que procedió a sacudir ante su barbilla.

-Bueno -repuso- no es tan grave. Eso tiene remedio.

-¿Remedio? Don Pablo, si eso tiene remedio, yo sólo quiero estar enfermo. Estoy enamorado, perdidamente enamorado.

La voz del poeta, tradicionalmente lenta, pareció dejar caer esta vez dos piedras, en vez de palabras.

-¿Contra quién?

-¿Don Pablo?

*-¿De* quién, hombre?

-Se llama Beatriz.

-¡Dante, diantres!

-¿Don Pablo?

-Hubo una vez un poeta que se enamoró de una tal Beatriz. Las Beatrices producen amores inconmensurables.

El cartero esgrimió su bolígrafo Bic, y raspó con él la palma de su izquierda.

-¿Qué haces?

-Me escribo el nombre del poeta ese. Dante.

-Dante Alighieri.

-Con «h».

-No, hombre, con «a».

-¿«A» como «amapola»?

-Como «amapola» y «apio».

-¿Don Pablo?

El poeta extrajo su bolígrafo verde, puso la palma del chico sobre la roca, y escribió con letras pomposas. Cuando se disponía a abrir el telegrama, Mario se golpeó la ilustre palma sobre la frente, y suspiró:

-Don Pablo, estoy enamorado.

-Eso ya lo dijiste. ¿Y yo en qué puedo servirte?

-Tiene que ayudarme.

-¡A mis años!

-Tiene que ayudarme, porque no sé qué decirle. La veo delante mío y es como si estuviera mudo. No me sale una sola palabra.

-¡Cómo! ¿No has hablado con ella?

-Casi nada. Ayer me fui paseando por la playa como usted me dijo.

Miré el mar mucho rato, y no se me ocurrió ninguna metáfora. Entonces, entré a la hostería y me compré una botella de vino. Bueno, fue ella la que me vendió la botella.

-Beatriz.

-Beatriz. Me la quedé mirando, y me enamoré de ella.

Neruda se rascó su plácida calvicie con el dorso del lápiz.

-Tan rápido.

-No, tan rápido no. Me la quedé mirando como diez minutos.

-¿Y ella?

-Y ella me dijo: «¿Qué miras, acaso tengo monos en la cara?».

-¿Y tú?

-A mí no se me ocurrió nada.

-¿Nada de nada? ¿No le dijiste ni una palabra?

-Tanto como nada de nada, no. Le dije cinco palabras.

-¿Cuáles?

-¿Cómo te llamas?

-¿Y ella?

-Ella me dijo «Beatriz González».

-Le preguntaste «cómo te llamas». Bueno eso hace tres palabras. ¿Cuáles fueron las otras dos?

-«Beatriz González.»

-Beatriz González.

-Ella me dijo «Beatriz González» y entonces yo repetí «Beatriz González».

-Hijo, me has traído un telegrama urgente y si seguimos conversando sobre Beatriz González, la noticia se me va a podrir en las manos.

-Está bien, ábralo.

-Tú como cartero, debieras saber que la correspondencia es privada.

-Yo jamás le he abierto una carta.

-No digo eso. Lo que quiero decir es que uno tiene derecho a leer sus cartas tranquilo, sin espías ni testigos.

-Comprendo, don Pablo.

-Me alegro.

Mario sintió que la congoja que lo invadía era más violenta que su sudor. Con voz taimada, susurró:

-Hasta luego, poeta.

-Hasta luego, Mario.

El vate le alcanzó un billete de la categoría «muy bien» con la esperanza de cerrar con las artes de la generosidad el episodio. Pero Mario lo contempló agónico, y, devolviéndoselo, dijo:

-Si no fuera mucha la molestia, me gustaría que en vez de darme dinero me escribiera un poema para ella.

Hacía años que Neruda no corría, pero ahora sintió la compulsión de ausentarse de ese pasaje, junto a aquellas aves migratorias que con tanta dulzura había cantado Bécquer. Con la velocidad que le permitieron sus años y su cuerpo, se alejó hacia la playa alzando los brazos al cielo.

-Pero si ni siquiera la conozco. Un poeta necesita conocer a una persona para inspirarse. No puede llegar e inventar algo de la nada.

-Mire, poeta-lo persiguió el cartero-. Si se hace tantos problemas por un simple poema, jamás ganará el Premio Nobel.

Neruda se detuvo sofocado.

-Mira, Mario, te ruego que me pellizques para despertarme de esta pesadilla.

-¿Entonces, qué le digo, don Pablo? Usted es la única persona en el pueblo que puede ayudarme. Todos los demás son pescadores que no saben decir nada.

-Pero esos pescadores también se enamoraron, y lograron decirles algo a las muchachas que les gustaban.

-¡Cabezas de pescado!

-Pero las enamoraron y se casaron con ellas. ¿Qué hace tu padre?

-Pescador, pu’.

-¡Ahí tienes! Alguna vez debe haber hablado con tu madre, para convencerle de que se casara con él.

-Don Pablo: la comparación no vale, porque Beatriz es mucho más linda que mi madre.

-Querido Mario, no resisto la curiosidad de leer el telegrama. ¿Me permites?

-Con mucho gusto.

-Gracias.

Neruda quiso rasgar el sobre con el mensaje, pero al hacerlo lo descuartizó. Elevándose sobre la punta de los pies, Mario intentó espiar el contenido sobre su hombro.

-No es de Suecia, ¿no?

-No.

-¿Usted cree que le darán el Premio Nobel este año?

-Ya dejé de preocuparme de eso. Me parece irritante ver aparecer mi nombre en las competencias anuales, como si yo fuera un caballo de carreras.

-¿De quién es el telegrama entonces?

-Del Comité Central del Partido.

El poeta hizo una pausa trágica.

-Muchacho, ¿no será hoy por casualidad martes y trece?

-¿Malas noticias?

-¡Pésimas! ¡Me ofrecen ser candidato a la Presidencia de la República!

-¡Don Pablo, pero eso es formidable!

-Formidable que te nombren. Pero ¿y si llego a ser elegido?

-Claro que va a ser elegido. A usted lo conoce todo el mundo. En la casa de mi padre hay un solo libro y es suyo.

-¿Y eso qué prueba?

-¿Cómo que qué prueba? Si mi papá que no sabe leer ni escribir, tiene un libro suyo, eso significa que ganaremos.

-¿«Ganaremos»?

-Claro, yo voy a votar por usted de todas maneras.

Agradezco tu apoyo.

Neruda dobló los restos mortales del telegrama y los sepultó en el bolsillo trasero de su pantalón. El cartero lo estaba mirando con una expression húmeda en los ojos que al vate le recordó un cachorro bajo la llovizna de Parral.

Sin una mueca, dijo:

-Ahora vamos a la hostería a conocer a esa famosa Beatriz González.

-Don Pablo, está bromeando.

-Habló en serio. Nos vamos hasta el bar, probamos un vinito, y le echamos una mirada a la novia.

-Se va a morir de impresión si nos ve juntos. ¡Pablo Neruda y Mario Jiménez tomando vino juntos en la hostería! ¡Se muere!

-Eso sería muy triste. En vez de escribirle un poema habría que confeccionarle

un epitafio.

El vate echó a andar enérgicamente, pero al ver que Mario se quedaba atrás embobado en el horizonte, se dio vuelta y le dijo:

-¿Y ahora qué pasa?

Corriendo, el cartero estuvo pronto a su lado y lo miró a los ojos:

-Don Pablo, si me caso con Beatriz González, ¿usted aceptaría ser el padrino de la boda?

Neruda se acarició la barbilla perfectamente rasurada, fingió cavilar la respuesta, y luego se llevó un dedo apodíctico a la frente.

-Después que nos tomemos el vino en la hostería, vamos a decidir sobre las dos cuestiones.

-¿Cuáles dos?

-La Presidencia de la República y Beatriz González.

**VI**

Cuando el pescador vio entrar en la hostería a Pablo Neruda acompañado de un joven anónimo, quien más que cargar una bolsa de cuero parecía estar aferrado a ella, decidió alertar a la nueva mesonera de la parcialmente distinguida concurrencia.

-¡Buscan!

Los recién llegados ocuparon dos sillas frente al mesón, y vieron que lo atravesaba una muchacha de unos diecisiete años con un pelo castaño enrulado y deshecho por la brisa, unos ojos marrones tristes y seguros, rotundos como ciruelas, un cuello que se deslizaba hacia unos senos maliciosamente oprimidos por esa camiseta blanca con dos números

menos de los precisos, dos pezones, aunque cubiertos, alborotadores, y una cintura de esas que se cogen para bailar tango hasta que la madrugada y el vino se agotan. Hubo un breve lapso, el necesario para que la chica dejase el mesón e ingresara al tablado de la sala, antes de que hiciera su epifanía aquella parte del cuerpo que sostenía los atributos. A

saber, el sector básico de la cintura que se abría en un par de caderas mareadoras, sazonadas por una minifalda que era una llamada de atención sobre las piernas y que, tras deslizarse sobre las rodillas cobrizas, concluían como una lenta danza en un par de pies descalzos, agrestes y circulares, pues desde allí la piel reclamaba el retorno minucioso por cada segmento hasta alcanzar esos ojos cafés, que habían sabido pasar de la melancolía a la malicia en cuanto estuvieron sobre la mesa de los huéspedes.

-El rey del futbolito -dijo Beatriz González, apoyando su meñique sobre el hule de la mesa-. ¿Qué se va a servir?

Mario mantuvo su mirada en los ojos de ella y durante medio minuto intentó que su cerebro lo dotara de las informaciones mínimas para sobrevivir el trauma que lo oprimía: quién soy, dónde estoy, cómo se respira, cómo se habla.

Aunque la chica repitió «Qué se va a servir» tamborileando con todo el elenco de sus frágiles dedos sobre la mesa, Mario Jiménez sólo atinó a perfeccionar su silencio. Entonces, Beatriz González dirigió la imperativa mirada sobre su acompañante, y emitió con una voz modulada por esa lengua que fulguraba entre los abundantes dientes, una pregunta que en otras circunstancias Neruda hubiera considerado como rutinaria:

-¿Y qué se va a servir usted?

-Lo mismo que él -respondió el vate.

**VII**

Dos días más tarde, un afanoso camión cubierto por afiches con la imagen del vate que rezaban «Neruda, presidente» llegó a secuestrarlo de su refugio. El poeta resumió la impresión en su diario: «La vida política vino como un trueno a sacarme de mis trabajos. La multitud humana ha sido para mí la lección de mi vida. Puedo llegar a ella con la inherente timidez del poeta, con el temor del tímido, pero, una vez en su seno, me

siento transfigurado. Soy parte de la esencial mayoría, soy una hoja más del gran árbol humano».

Una mustia hoja de ese árbol acudió a despedirlo: el cartero Mario Jiménez. No tuvo consuelo ni cuando el poeta, tras abrazarlo, le obsequiara con cierta pompa la edición Losada en papel biblia y dos volúmenes encuadernados en cuero rojo de sus *Obras completas*. No lo abandonó la desazón tampoco al leer la dedicatoria que otrora hubiera superado su anhelo: «A mi entrañable amigo y compañero Mario Jiménez, Pablo Neruda».

Vio partir el camión por el sendero de tierra, y deseó que ese polvo que levantaba lo hubiera cubierto definitivamente como a un robusto cadáver.

Por lealtad al poeta, juró no quitarse la vida, sin antes haber leído cada una de esas tres mil páginas. Las primeras cincuenta las despachó al pie del campanario, mientras el mar, que tantas fulgurantes imágenes inspirara al poeta, lo distraía cual un monótono consueta con el estribillo: «Beatriz González, Beatriz González».

Anduvo dos días merodeando el mesón con los tres volúmenes amarrados a la parrilla de la bicicleta, y un cuaderno marca Torre que adquirió en San Antonio, donde se propuso anotar las eventuales imágenes que su trato con la torrencial lírica del maestro le ayudara a concebir. En ese lapso, los pescadores lo vieron afanarse con el lápiz, desfalleciente a las fauces del océano, sin saber que el muchacho llenaba las hojas con

deslavados círculos y triángulos, cuyo nulo contenido era una radiografía de su imaginación. Bastaron esas pocas horas para que corriera la voz en la caleta, que ausente Pablo Neruda de isla Negra, el cartero Mario Jiménez se empeñaba en heredar su cetro. Profesionalmente ocupado de su minucioso desconsuelo, no se percató de los chismes y pullas, hasta que una tarde en que trajinaba las páginas finales de *Estravagario* sentado

en, el mole, donde los pescadores ofrecían sus mariscos, llegó una camioneta con altavoces que proclamaba entre chirridos la consigna: «A parar al marxismo con el candidato de Chile: Jorge Alessandri», matizada por otra no tan ingeniosa, pero al menos cierta: « Un hombre con experiencia en el gobierno: Jorge Alessandri Rodríguez». Del bullicioso vehículo descendieron dos hombres vestidos de blanco, y se acercaron al

grupo con sonrisas pletóricas, escasas en las inmediaciones donde la carencia de dientes no favorecía esos derroches. Uno de ellos era el diputado Labbé, representante de la derecha en la zona, quien había prometido en la última campaña extender el servicio eléctrico hasta la caleta, y que lentamente se iba acercando a cumplir su juramento como

constaba con la inauguración de un desconcertante semáforo –aunque con los tres colores reglamentarios- en el cruce de tierra por donde transitaba el camión que recogía pescados, la bicicleta Lagnano de Mario Jiménez, burros, perros y aturdidas gallinas.

-Aquí estamos, trabajando por Alessandri -dijo, mientras extendía

volantes al grupo.

Los pescadores los tomaron con la cortesía que dan los años de izquierda y analfabetismo, miraron la foto del anciano ex mandatario, cuya expresión calzaba con sus prácticas y prédicas austeras, y metieron la hoja en los bolsillos de sus camisas. Sólo Mario se la extendió de vuelta.

-Yo voy a votar por Neruda -dijo.

El diputado Labbé extendió la sonrisa dedicada a Mario al grupo de pescadores. Todos se quedaban prendados de la simpatía de Labbé. Alessandri mismo quizá lo sabía, y por eso lo enviaba a hacerle campaña entre pescadores eruditos en anzuelos para pescar, y en evitarlos para ser cazados.

-Neruda -repitió Labbé, dando la impresión que las sílabas del nombre del vate recorrieran cada uno de sus dientes-. Neruda es un gran poeta. Quizá el más grande de todos los poetas. Pero, señores, francamente no lo veo como presidente de Chile.

Acosó con el volante a Mario, diciéndole:

-Léelo, hombre. A lo mejor te convences.

El cartero se guardó *el* papel doblado en el bolsillo, mientras el diputado se agachaba a remover las almejas de un canasto.

-¿A cuánto tienes la docena? - -

-¡A ciento cincuenta, para usted!

-¡Ciento cincuenta! ¡Por ese precio, me tienes que garantizar que cada almeja trae una perla!

Los pescadores se rieron, contagiados por la naturalidad de Labbé; esa

gracia que tienen algunos ricos chilenos que crean un ambiente grato, allí donde se paran. El diputado se levantó, con un par de pasos se distanció de Mario, y, llevando ahora la simpatía de su áulica sonrisa casi hasta la bienaventuranza, le dijo en voz lo bastante alta como para que nadie quedara sin escuchar:

-He oído que te ha dado por la poesía. Dicen que le haces la competencia a Pablo Neruda.

Las carcajadas de los pescadores explotaron tan rápidas como el rubor en su piel: se sintió atorado, atarugado, asfixiado, turbado, atrofiado, tosco, zafio, encarnado, escarlata, carmesí, bermejo, bermellón, púrpura, húmedo, abatido, aglutinado, final. Esta vez acudieron palabras a su mente, pero fueron: «Quiero morirme».

Mas entonces, el diputado con un gesto principesco le ordenó a su asistente que extrajera algo del maletín de cuero. Lo que salió a brillar bajo el sol de la caleta fue un álbum forrado en cuero azul con dos letras en polvo dorado, cuya noble textura casi hacía palidecer el buen cuero de la edición Losada del vate.

Un hondo cariño alcanzó hasta los ojos de Labbé al pasarle el álbum y decirle:

-Toma, muchacho. Para que escribas tus poemas.

Lento y deliciosamente, el rubor se fue borrando de su piel como si una fresca ola hubiera llegado a salvarlo, y la brisa lo secara, y la vida fuera, sino bella, al menos tolerable. Su primer respiro fue hondamente suspirado, y con una sonrisa proletaria, pero no menos simpática que la de Labbé, dijo mientras sus dedos se deslizaban por la pulida superficie de cuero azul:

-Gracias, señor Labbé.